

# NEW LEFT REVIEW 119

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2020

## ARTÍCULOS

AARON BENANAV	Automatización, primera parte	7
ALAIN SUPIOT	Un artista de la ley	45
PERRY ANDERSON	¿Situacionismo a la inversa?	51
JOHNNY RODGER	La biblioteca que desaparece	104
LOLA SEATON	Los fines de la crítica	115

## CRÍTICA

BENJAMIN KUNKEL	Socialistas en Estados Unidos	147
ROBIN BLACKBURN	¿Reformar para conservar?	153
SUSAN WATKINS	Apalea a los bedeles	165

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

Kate Manne, *Down Girl: The Logic of Misogyny*, Nueva York, Oxford University Press, 2017, 338 pp.

SUSAN WATKINS

## APALEAR A LOS BEDELES

La escritura feminista a partir de la crisis se ha centrado especialmente en la convivencia de las políticas de género con el capitalismo corporativo. Aunque el feminismo liberal aún domina la esfera mediática, nuevas obras teóricas han adoptado un enfoque más crítico, pidiendo «que nos despedamos del feminismo de los consejos de administración», como en la estimulante *Introduction*, de Lorna Finlayson, para abrazar un «feminismo del 99 por 100 o abogando por el cambio social a gran escala como lo exigen las tecnoutópicas del xenofeminismo. A diferencia de estos planteamientos, *Down Girl*, de Kane Manne, adopta el rumbo opuesto, argumentando que la opresión que sufren las mujeres mas privilegiadas debería adoptarse como la base de un planteamiento filosófico más eficaz. Su libro empieza con las injusticias sufridas por Ivana Trump y por la exesposa de Steve Bannon y termina con una defensa apasionada de Hillary Rodham Clinton. Puesto a prueba en charlas impartidas en Harvard y Princeton, ensayado en *The New York Times* y *The Huffington Post*, *Down Girl* recibió elogios en *The New Yorker* y fue alabado en la *London Review of Books* por su «agudeza y precisión» y por su argumentación iluminadora y minuciosa. ¿Es así?

A partir de algunas expresiones espectaculares de agresión masculina, Manne se pregunta por qué estos patrones de violencia misógina persisten en sociedades supuestamente pospatriarcales, como la estadounidense o su tierra natal, Australia. Pero *Down Girl* explícitamente no es una obra de sociología cultural, de historia, de antropología o de estudios de género.

Manne enseña filosofía moral en la Universidad de Cornell y afirma que su libro es el primero que aborda la misoginia dentro de la tradición de la filosofía analítica, ampliando ese enfoque para beber de las bases metaéticas de la moralidad en el orden social y combinándolo con la crítica cultural y la «crítica ideológica». Basándose en lo que ella describe como «mi propia (y muy privilegiada) posición social» pretende proporcionar un esqueleto conceptual que invita a otras mujeres a rellenar de la forma que les parezca más adecuada a su propia posición de clase.

Antes de empezar a rastrear esa lógica, Manne redefine lo que es la «misoginia»: no es un desprecio por el sexo contrario profundamente asentado en el varón ni, como lo planteara el freudismo de la Guerra Fría, una repulsión sociopatológica que procede de la experiencia de una madre hiperdominante; a este fenómeno Manne lo rebautiza como «ginofobia». En lugar de ello, la misoginia debe entenderse como un fenómeno que cumple una función social y no psicológica: se trata de un mecanismo de control, que fuerza el cumplimiento de las normas asimétricas del privilegio de género. Según la economía moral de estas normas, «las mujeres *están en deuda* con los hombres», los hombres «tienen derecho tácitamente» a apoyarse en las mujeres de su órbita social para su «nutrición, consuelo y cuidado», para el «trabajo sexual, emocional y reproductivo»; si se les deniega este derecho, los hombres pueden sentirse agraviados o decepcionados –a veces de formas asesinas, como fue el caso del estudiante que protagonizó una masacre en Santa Barbara, porque ninguna de las mujeres de su facultad quería acostarse con él (el caso «Isla Vista»). Mientras tanto, las mujeres que violan los roles de donante/receptor, o que toman los bienes del varón (dinero, protección) sin ofrecer reciprocidad en forma de cuidado y consideración, o que buscan las ventajas y los privilegios codificados como masculinos –estatus, liderazgo, riqueza, poder– para sí mismas, se exponen a ser los objetivos de las agresiones misóginas en este sentido de control.

No obstante, a medida que Manne desarrolla y defiende su tesis, la frecuencia de la misoginia se contrae y se limita a «tipos concretos de mujeres», no «universalmente» experimentada por «las mujeres en todos los consejos de administración»; únicamente una pequeña minoría de hombres son depredadores en serie, y no es cierto que haya «un misógino en el interior de cada hombre»; de hecho, en las sociedades anglófonas en general, la agresión misógina puede definirse como «ocasional». Al mismo tiempo, la extensión potencial de la misoginia se expande –sus expresiones pueden ir desde «los signos sociales sutiles de desaprobación» hasta la violencia que amenaza la vida; pueden incluir la sexualización y la desexualización, la condescendencia, o el hecho de infantilizar, despreciar, ignorar, insultar o avergonzar– y los agentes encargados de velar por su cumplimiento se multiplican: la mayoría de la gente (hombres, mujeres, no binarios) es capaz de

canalizar energías misóginas o, inadvertidamente, de aplicar prácticamente normas de género. Para Manne, la misoginia es un concepto «umbral» –que se supone que nos abre una nueva forma de pensamiento– en la misma medida, si no más, que es una realidad empírica.

Aunque dedica bastantes páginas al hombre armado de Santa Barbara, es ese tercer caso de la violación de la norma patriarcal –el de las mujeres que buscan para sí mismas las recompensas codificadas como masculinas– el que suscita un mayor interés por parte de Manne. *Down Girl* empieza con un famoso pasaje de *Una habitación propia* en el que Virginia Woolf describe cómo durante un paseo pisaba inadvertidamente el césped de un patio de Cambridge, perdida en sus pensamientos, cuando la figura de un hombre se cernió sobre ella, con horror e indignación pintados en su rostro. «El instinto, más que la razón, acudió en mi ayuda: era uno de los bedeles de una de las facultades. Yo era una mujer. Estábamos en la hierba; allí estaba el sendero. Solamente los profesores y los investigadores podían estar donde yo estaba; mi lugar era la gravilla». De una manera algo tangencial, Manne relaciona el «malpaso» de Woolf sobre el césped de la Facultad con la discusión sobre cómo se siente una cuando alguien te pisa la mano –accidentalmente o, por el contrario, a propósito– incluida el ensayo de Peter Strawson de 1962, «Libertad y resentimiento». El argumento de Strawson era que el dolor sería el mismo pero que, en el segundo caso, también se sentiría una indignación moral y un resentimiento, que solamente podría mitigarse mediante una explicación o una disculpa.

Manne, sin embargo, se coloca a sí misma en el lugar del otro agente: ¿qué ocurre si una misma es la persona que ha pisado la mano, o el pie o, como en el caso de Woolf, quien ha pisado sin permiso la hierba? Aquellas de nosotras que tenemos algún tipo de privilegio injusto, no merecido, «somos susceptible de cometer esos errores», explica; el privilegio tiende a conferir «un sentido inexacto de nuestro propio territorio». Mientras tanto la persona que se encuentra en la posición de Strawson «puede experimentar un auténtico *shock* o disgusto como resultado de que tú estés violando una norma o te estés negando a asumir el papel que se te ha asignado», «si pisas donde no te corresponde, o le pisas, te desvías o le ofendes». Hoy en día, argumenta Manne, las reacciones de resentimiento o indignación ante las mujeres que osan pisar sobre lo que antes era un territorio exclusivo de los varones pocas veces revelan su detonante causal: que ella está aspirando a privilegios que históricamente le estaban prohibidos. En lugar de ello, se racionalizan como críticas de su fracaso como «donante» según la lógica de la misoginia: se critica la apariencia fría, arrogante, impulsiva, cruel de esa mujer; se aduce que no logra mostrar la admiración, la deferencia, la gratitud, la atención, la simpatía y la consideración, que tradicionalmente se requieren de las mujeres hacia los hombres que tienen autoridad sobre ellas.

Así se prepara el escenario, de manera poco lucida, para el análisis de Manne de la frustrada campaña de Hillary Clinton por la presidencia de Estados Unidos en 2016. Llamar a los votantes «deplorables» es justamente el tipo de traspíe comprensible al que tienden quienes no son conscientes de sus privilegios. Quienes juzgaban a Clinton como corrupta eran culpables a su vez de un exceso de «sospechas moralistas». Describirla como «robótica» era indicativo de una reacción misógina: no era lo bastante atenta, cariñosa, generosa. En cuanto a los votantes: las mujeres fueron tan misóginas como los hombres a la hora de hacer cumplir las normas de género, puesto que castigar a las mujeres de éxito cumple una función de protección del ego para todas las señoras Bedel. Los *millennial* no eran mejores que sus mayores, como demostró su apoyo a Sanders. Si una mayoría de mujeres blancas habían interiorizado suficientemente la misoginia como para realmente votar a Trump, las mujeres negras y latinas no se inclinaron por Clinton. Dado el «pequeño pero predecible efecto de rechazo, mediado en buena parte por el género», Clinton «pagó un alto precio» por esa poca participación.

Aunque Manne concede que no toda figura pública femenina es considerada indigna de confianza, defiende que, de hecho, fue la «clarísima preparación» de Clinton lo que desencadenó esta amplia respuesta misógina. Para afirmar esto se basa en la «tesis de la incongruencia de estatus», a la que apuntan los experimentos sociopsicológicos sobre los estereotipos de género. Según estas pruebas –que han llevado a cabo Laurie Rudman en Rutgers y Madeline Heilman en la Universidad de Nueva York– los sesgos inconscientes a favor de conservar las jerarquías de género conducen a los participantes a expresar reacciones hostiles hacia las mujeres que compiten por los puestos más elevados; las mujeres activas o asertivas son percibidas como «exageradas» en rasgos codificados como masculinos, como la arrogancia o la agresividad, características que como mujeres no deberían ni siquiera tener. En opinión de Rudman, la sensación de «decadencia estadounidense» –entre los factores citados se incluye el colapso económico, el agotamiento de luchar las guerras prolongadas en Oriente Próximo, la angustia generalizada acerca del cambio tecnológico y global– conduce a una defensa más cerrada aún de las visiones del mundo existentes, incluyendo las jerarquías de género. Al hablar de la decadencia de Estados Unidos, Bernie Sanders era, por lo tanto, responsable de colocar a Clinton «en una posición aún más desventajosa». Igualmente, se equivocaba al hablar del «mal juicio» de Clinton a la hora de apoyar la invasión de Iraq. Al igual que la acusación del FBI de «increíble descuido» por gestionar las comunicaciones del Departamento de Estado desde sus terminales caseros en Chappaqua, este fue un movimiento típicamente misógino, que retrataba a una mujer en la cúspide del poder como «una usurpadora moral». En opinión de Manne, debería haber sido «socialmente inaceptable» describir a Clinton como egoísta, corrupta, hipócrita o miembro de la elite.

Aunque *Down Girl* hace únicamente un intento muy básico de explicar la persistencia de las normas de género, Manne esencialmente se basa en un argumento de castigo: las mujeres que asumen puestos de prestigio, que pisan sin permiso el territorio masculino, son recibidas con una nueva ola de resentimiento misógino por parte de los bedeles y de sus mujeres. De ahí la necesidad de que todas las personas que apoyen la equidad de género se congreguen tras las mujeres del 1 por 100 y voten por personalidades políticas neoliberales como Clinton o como Julia Gillard, en Australia, cuyo récord de austeridad y presupuestos equilibrados no necesita ninguna defensa. Mas allá de esto, las recetas de *Down Girl* son sorprendentemente modestas. Una reforma gradual –«al detalle, no al por mayor»– y la «ralentización de la reparación moral» componen su agenda, aunque también se inclina a alzar sus manos en señal de desesperación: «¿Qué podría hacer que todo esto cambiara?».

Las afiliaciones políticas de Manne son realmente transparentes. ¿Y qué hay de su tesis intelectual? Aunque no cita precedentes para ella, la crítica de la ideología de género «donante/receptor» no es en absoluto novedosa. Simone de Beauvoir estaba escribiendo ya en 1949 sobre el mito masculino de la mujer que garantizara al varón la ocurrencia regular de sus comidas, de sus horas de sueño: «Ella repara lo que su actividad ha destrozado, lo cuida si está enfermo, enciende el fuego y llena la casa de flores» y, si se desvía del mito, se la maldecirá en tanto que no femenina. La obra de las socialistas feministas de la segunda ola se dedicaba en parte a completar el análisis de los fundamentos sociales y materiales de dicha ideología, basándose en la historia cultural, la antropología, la psicología, la economía política y las ciencias sociales, un proyecto cuestionado por el giro posestructuralista de las décadas de 1980 y 1990, que acabó por leer la crítica de la ideología de género como basada y, por lo tanto, como si perpetuara, el binarismo de género en sí. Manne reconoce que ella no está a la moda al regresar a esta «anticuada» problemática. Al mismo tiempo su planteamiento también se enfrenta al feminismo radical de Andrea Dworkin y Catherine MacKinnon, para quienes la verdad interna de las relaciones de género radica en el acto del coito, entendido como conquista masculina y como subordinación femenina. El sexo está prácticamente ausente de *Down Girl*, como lo está el trabajo, el término central para las teorías «unificadas» del patriarcado y del capitalismo, desde los postulados del movimiento por el salario para el trabajo doméstico (*Wages for Housework*) hasta los estudios recientes sobre la reproducción social, en los que se postula que la acumulación del capital depende del trabajo doméstico y afectivo no remunerado de las mujeres.

¿Qué se gana y qué se pierde en la traducción que hace Manne de la ideología de género en términos de la filosofía moral analítica? En las manos de las feministas socialistas, la meta era desafiar y cambiar las condiciones

materiales que subyacían bajo la ideología de género; no solamente la dependencia económica de las mujeres, sino la construcción integral de la familia y de sus bases sociales: las relaciones asimétricas de reproducción y la división sexual del trabajo. Manne abstrae la ideología de las relaciones sociales existentes en el mundo en general y, al mismo tiempo, la cercena de la historia del pensamiento social crítico. Apunta repetidamente a que la teoría social explicativa se encuentra «más allá de su categoría salarial como filósofa», como si la toma de conciencia del oprimido dependiera de si cobra un salario por ello. Sin embargo, puesto que su argumento se basa en los cimientos «metaéticos» de la conducta, no puede librarse por completo de las pruebas sociales, así que las importa de manera ingenua y empírica del periodismo sensacionalista –largos relatos de masacres, violaciones y asesinatos por parte de hombres agraviados y decepcionados– y de experimentos sociopsicológicos, cuyos métodos y premisas quedan totalmente sin analizar.

Esta forma empobrecida de teoría social es incapaz de explicar el cambio histórico, que constituiría una precondition, se diría, de cualquier política transformadora. ¿Hasta qué punto son ahora las ideologías de género «donante/receptor» meras formas residuales, remanentes culturales diluidos del modelo casi obsoleto del varón proveedor, minado por el ingreso en masa de las mujeres en el trabajo asalariado? ¿De qué maneras se reproducen, de forma regenerizada o degenerizada, en las condiciones de unas relaciones de mercado cada vez más competitivas, que han penetrando en el hogar y en la psique? ¿Es probable que el consuelo que se busca en la esfera virtual sea regresivo en términos de género? ¿Qué cambios se han producido en el lado «masculino» del abismo, que Manne no examina, en el sentido ético del yo como proveedor o como padre fuerte? ¿Cómo varían estos resultados según la clase, la generación o la localización geocultural, o, incluso, según la psicología individual y el contexto personal?

Estas son preguntas que quedan más allá del horizonte de *Down Girl*. Pero las mujeres, como los hombres, son también «gestionadas» por un sistema económico sesgado que les impone sus imperativos en la vida cotidiana y que conforma la operación de asimetrías de género. Como han defendido las teóricas de la reproducción social, las cualidades morales del cuidado y de la atención se niegan rutinariamente mediante la violencia de la explotación cotidiana, por el funcionamiento cruel de un sistema de beneficios y por su refuerzo militar, a quien la vida le importa bastante poco. Sobre esa cuestión, las feministas socialistas de la década de 1970 tenían razón al defender que la división de género del trabajo solamente se compensaría si se socializaba la inquietud por los medios de vida; y las feministas de los consejos de administración, que defienden un sistema que privilegia los beneficios sobre la vida humana, y que luchan únicamente por mejorar su propia posición dentro de ese sistema, bien pueden ser un obstáculo para ello.

Tampoco pueden entenderse las nuevas formas de la misoginia, que mayoritariamente se localizan en Internet, fuera de su contexto histórico. Los informes de quienes se han adentrado en el ello social digitalizado que Twitter ha creado, apuntan a que las voces violentamente misóginas que allí se encuentran –una mínima minoría, aunque tóxica– se caracterizan no por una nueva resurgencia del poder patriarcal, sino más bien por una sensación de derrota ante el feminismo liberal hegemónico. Los insultos sexistas a las figuras públicas femeninas deberían, por supuesto, combatirse en todo momento. Pero merece la pena reconocer que el empleo de los tópicos virulentamente misóginos normalmente es un resultado de la ira política generada en otra parte, que asume los «significantes vacíos» de los prejuicios de género. Así el odio hacia Thatcher o Dilma Rousseff adoptaba formas violentamente misóginas, mientras que el mero disgusto hacia May o Lagarde no las adopta. El odio de clase –de los varones de clase obrera por las mujeres de clase alta– puede adoptar venenosas formas de género, que obviamente deberían combatirse por múltiples razones, pero para eliminarlo hace falta abordar la injusticia de las desigualdades de clase, un problema metaético cuidadosamente ignorado en el relato de Manne.

En cuanto a Clinton, ni que decir tiene que para criticar su trayectoria hay buenas razones que nada tienen que ver con el género. Perdió las elecciones de 2016 en las zonas del norte del Medio Oeste que se enfrentaban a un agudo declive económico, frente a un candidato que concurrió con la promesa de devolverles los empleos y las tropas a casa. El electorado acababa apenas de salir de la peor recesión desde la década de 1930, con un índice de población activa bajo mínimo, con tasas de mortalidad y «muertes por desesperación» al alza, mientras los directivos ganaban cada vez más y el mercado de valores no dejaba de subir. Trump fingió escuchar el dolor de la gente; Clinton no se molestó en ocultar sus tarifas de 200.000 dólares la hora por dar una charla en Wall Street y su fortuna personal de 30 millones de dólares. En el Departamento de Estado de Obama su primer movimiento fue ampliar el apoyo a la junta militar en Honduras después de que desalojó a Manuel Zelaya, poniendo punto y final a su programa tentativo de reforma constitucional y desatando años de represión política y terror de bandas organizadas, y después pidió que los niños y las niñas migrantes centroamericanos fueran enviados a su casa desde la frontera estadounidense para «mandar un mensaje» a sus padres. Como secretaria de Estado fue una partidaria drástica de la línea dura bajo cualquier criterio, pidiendo un plus de cuarenta mil soldados para Afganistán y una fuerza estadounidense permanente en Iraq, decidió el bombardeo de Libia a pesar de la War Powers Resolution y emprendió una escalada militar amenazadora en el Pacífico. Manne no menciona ninguna de estos hechos y trata a Clinton puramente como una víctima y nunca como una agente política de pleno derecho.

La situación del feminismo liberal hoy presenta un paralelismo con la situación del liberalismo centrista. Después de un reinado de veinticinco años sigue siendo hegemónico, aunque sus resultados desiguales han quedado ahora en evidencia y ya no puede apuntar con convicción hacia un futuro más prometedor. Su revitalización debe adoptar, por lo tanto, una forma defensiva contra las fuerzas hostiles que percibe que le están asediando. Pero, como aún sigue en el poder, necesita inflar a sus enemigos: hay que describir a Trump no solamente como un magnate inmobiliario lumpen, sino como un auténtico fascista; la oposición política a Clinton es como una forma de misoginia con el potencial de amenazar la vida, tan solo un escalón por debajo del feminicidio. Cuanto peor, mejor. Pero el resultado es una potente combinación, que recarga los recursos de la hegemonía cultural con un perfil nuevo y revitalizado; sería un error subestimar cualquiera de estas dos cosas.